

Centro de Estudios de la Mujer

OLLEROS 2554 - P. B. - (1426) BUENOS AIRES - (DIRECCION POSTAL)
PERSONERIA JURIDICA: 03914/81



140

Un binomio en crisis: La Madre y su Hija
Adolescente.

Por Mabel Burin.

Publicación interna N° 30.

Presentado en el Congreso de Psicología y
Psicoterapia de Grupo. Bs. As. 1981.

da humana, que no está delimitado por hechos demarcatorios claves en su comienzo ni en su declinación, pero que a grandes rasgos puede ser ubicado como iniciándose alrededor de los 30-35 años y que dura hasta los 50-55 años. La edad media de la vida ha sido descrita por B. Neugarten como un período de elevada sensibilidad hacia la posición que uno ocupa dentro de un medio social complejo, en el cual el tema prevaeciente es la redefinición de sí mismo. En relación con tal redefinición es que he de considerar el concepto de crisis en la mujer de este período en la doble acepción que mencioné inicialmente: como sujeto padeciente y como sujeto criticante.

¿Qué es lo que entra en crisis en la mujer en este período de su vida? Creo que lo que la mujer pone en crisis es, fundamentalmente, la concepción que ella tiene de sí misma ligada a las multideterminaciones que, hasta ese momento, habían organizado su noción de identidad. Bajo estas circunstancias, la crisis de la mitad de la vida puede asumir dos características: por una parte, puede configurarse como una crisis negativa, plena de sufrimientos, donde el sentimiento prevaeciente sería el de pena y dolor por el sentimiento de pérdida. Desde el punto de vista psicopatológico, este es el modelo que se ha utilizado para describir a la crisis de la mediana edad como una etapa depresiva; este es, también, el sentido del "padecer" que acoté inicialmente.

Otra alternativa posible es la de usar este estado de reorganización psíquica para plantearse sus propias contradicciones, lo cual llevaría a la mujer a una situación de reflexión y de juicio crítico acerca de las facilitaciones u obstaculizaciones que encuentra en este período de reubicación; este es el sentido del término "sujeto criticante" que mencioné anteriormente.

Hay dos preguntas que encontré en mis pacientes que se formulan en este momento, y que creo son claves para la redefinición de sí mismas: una es "Y ahora qué?", y la otra es "Y ésto es todo?". Ambas preguntas están íntimamente relacionadas con el sentimiento de injusticia que la mujer siente respecto tanto a lo que ella ha hecho consigo misma a lo largo de su historia, como en relación a lo que le han hecho a través de las representaciones que su contexto socio-cultural y familiar le ha ofrecido respecto a su condición de mujer. Tal sentimiento de injusticia se configura como motor

de la crisis de este período de la vida, del mismo modo que, en su temprana infancia y luego en la adolescencia lo fueron los sentimientos de rebeldía u oposición que se configuraron como puntos de partida para la gestación del pensamiento crítico, y que son los que se resignifican en la crisis de la mediana edad. Quiero destacar aquí la diferencia entre sentimiento de injusticia, que sirve como iniciador de un juicio crítico, y valorativo tendiente a transformaciones, y el resentimiento, que orienta más bien hacia una situación vindicativa cuyo efecto será cambiar todo para que nada cambie.

La concepción de la edad media de la vida para las mujeres en términos de pérdida-pérdida de la juventud con su gracia, vigor y belleza particulares, pérdida de la capacidad de procreación, pérdida del rol materno a medida que los hijos se alejan- ha sido el tema prevaeciente tanto en la investigación científica, como en la literatura, como en la conciencia popular, de acuerdo con la idea de que la parte más importante de la vida de la mujer estaba terminada. Pero los datos más recientes que emergen de un nuevo clima social -allí donde éste pueda darse- requieren una reevaluación de esta concepción. La mediana edad puede ser el comienzo de una época en la vida en que la mujer esté más libre de lo que estuvo anteriormente de las viejas exigencias de roles y lugares para ella, cuando se vuelve disponible el tiempo y la oportunidad para la exploración de sí mismas y de su relación con un mundo cambiante y en expansión, cuando está menos ligada que en los años anteriores por la necesidad de poner a los otros primeros y a sí misma en segundo lugar, cuando cambia la percepción de lo que podría constituirse como atractivo en la vida de una mujer: independencia, autoconfianza, sentimiento creciente de libertad interior y de creatividad, aquellas cualidades que muchas mujeres podrían alcanzar recién en la madurez. Pero, cómo opera el aparato psíquico en la mujer para buscar resoluciones a sus crisis? y qué lugares y representaciones ofrece nuestra cultura a la mujer para orientarse hacia los términos que mencioné anteriormente (independencia, autonomía, actividad dirigida hacia sus propios intereses, etc.)?

Analizaré ahora uno de los determinantes de estos cuestionamientos, que es el co-

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER

responsidente a la estructura del aparato psíquico.

Ante una situación de cuestionamiento y de cambio, el aparato psíquico tiene una exigencia de trabajo -esta es una ley del funcionamiento del aparato psíquico- en el cual sus mecanismos de defensa anteriores, sus sistemas generales de relaciones, de identificaciones, etc., entran en crisis. El problema es entonces qué hacer. Ante esta circunstancia, hay determinadas resoluciones que a su vez presuncionan crisis patológicas: por ej., la dirección hacia el pasado hace pensar que el aparato psíquico va a entrar en otro tipo de crisis (como en el cuadro clínico llamado depresión), en tanto hay otro tipo de resoluciones, mediante el ejercicio del juicio crítico, de la reflexión valorativa, que implican otras responsabilidades. En la crisis de la edad media de la vida en la mujer es de fundamental importancia el juicio crítico ligado al sentimiento de injusticia. El juicio crítico es una forma de estructurar el pensamiento. En la edad media de la vida, su ejercicio está relacionado con la eficacia con que haya funcionado anteriormente en la adolescencia, bajo la forma de juicios de atribución y de desatribución en relación a los objetos primarios de identificación, constitutivos de su identidad.

Los juicios atributivos suponen cualidades positivo-negativo, bueno-malo, a los objetos o personas. El juicio atributivo que asigna valor positivo a la identidad mujer - madre es el que da lugar al sentimiento de injusticia en la crisis de la mediana edad en la mujer. Cuando la mujer entra en esta clase de crisis y opera con juicios críticos, lo que hace es poner en juego los juicios de desatribución, o sea, despojar de la calificación anterior a su condición de mujer - madre. El juicio de desatribución se realiza sobre la base del deseo hostil, que promueve la expulsión del Yo de aquello que le es desagradable o ineficaz, hacia un no-Yo que contendrá lo expulsado. Esto se hace no sólo para que ese no-Yo contenga lo expulsado, sino también para inaugurar otro lugar en el aparato psíquico, un lugar que contenga el deseo hostil; asimismo, crea un nuevo objeto, objeto definido por la expulsión. Este objeto constituye para la mujer en este período la base de una identidad diferente, porque es un objeto que ella define para sí misma en tanto ella es sujeto expulsante, y no sujeto continente. El

cambio de identidad para este tipo de crisis de la mujer consiste en ubicarse como sujeto necesitado de expulsar ("criticante") y no como sujeto continente y reproductor. El acto expulsante ("criticante") implica otro trabajo psíquico, que es la discriminación entre lo que quiere ser-tener-hacer y lo que no quiere ser-tener-hacer como constitutivo de su identidad.

En el comienzo de la crisis interviene un punto fundamental, que es el sentimiento de dolor, de dolor psíquico. En el ejemplo dado anteriormente, el dolor empuja a invertir recuerdos constituidos a posteriori como "buenos", referidos al pasado ("buenos" no por haber sido especialmente gratificantes para la mujer, sino por aquella valoración cultural que imprime en el narcisismo la categoría de "bueno" a la belleza juvenil, la aptitud reproductora, etc). A partir de tal valoración que glorifica la identidad mujer-madre, la mujer organiza idealizaciones, a menudo idealizaciones defensivas contra el trauma de ser diferente, por ej., si no desea cumplir con la prescripción del rol reproductor de la mujer. En estos casos, queda en situación de marginalidad social, y, aparentemente, sin recuerdos "buenos" para invertir en la crisis de la mediana edad (sentimiento de vacío o futilidad).

En otros casos, el dolor implica el surgimiento del deso hostil, ya no con aquellos desarrollos de afectos que mencioné anteriormente, sino vehiculizados por el sentimiento de-injusticia y la tendencia a cambiar y a promover cambios. En esta circunstancia el trauma por las diferencias se organizaría ya no bajo las categorías implicadas en el concepto freudiano del "narcisismo de las pequeñas diferencias", por ej., de la intolerancia al reconocimiento de las diferencias con el hombre -intolerancia proveniente del narcisismo- sino también de las diferencias en relación a su pasado, donde la hostilidad estaría dirigida hacia sí misma por haberse forjado ciertos ideales y haberlos cargado tan intensamente, o por haberse sometido pasivamente a una ilusión de ser amadas y valoradas; me estoy refiriendo acá a otro componente narcisístico que es el doble anterior, donde su enemiga parecería ser aquella que ella fue. Estas críticas a los componentes narcisísticos de la personalidad son los que resurgen y se organizan en la mujer que entra en este tipo de crisis en la mediana edad. Desde este plano crítico de su historia individual, lo que la mujer se estaría criticando es aquel sistema de identificaciones con objetos psíquicos de los cuales todavía no ha podido desasirse, aunque le provocaran frustración. En este desarrollo de afectos, la frustra-

ción genera hostilidad, y la hostilidad es la que genera nuevos deseos tendientes a desatar los vínculos libidinales con aquellos objetos. Esoy refiriéndome a identificaciones, a ligaduras y desprendimientos de objetos psíquicos ligados a los vínculos de identificación primaria, más bien correlativos a la fase anal del desarrollo de la libido, con la particular significación que se otorga en tal etapa a la retención, a la pulsión de dominio y al goce sádico (expulsivo). También correspondería a este período el sentimiento de rebeldía hacia un destino impuesto por los objetos primarios de identificación, con una necesidad creciente de desasirse de aquellas ligaduras y de apropiarse de sí misma. En este período de la vida, la mujer que entra en este tipo de crisis trata de otorgar nuevos significados a su deseo hostil, y es entonces cuando la hostilidad surge como sentimiento diferenciador, singularizador, que requiere nuevos destinos. Y aquí aparece un nuevo problema: hacia qué otras representaciones podría dirigirse, cuando la mujer se desprende de sus objetos originarios? Cuáles son los posibles destinos del deseo hostil de la mujer de la mediana edad en nuestra cultura? Creo que llegados a este punto, la elaboración de visciatitudes del deseo hostil correlativo a la fase anal del desarrollo —especialmente los referidos a la pulsión de dominio y al goce sádico que mencioné anteriormente— trasciende los límites y posibilidades de la elaboración individual, ya que las representaciones ligadas a la hostilidad encuentran, al menos en nuestra cultura, un único modelo posible, que es el modelo masculino. Surge entonces la pregunta: existen "modelos femeninos" para las transformaciones de la hostilidad? Dónde hallarlos y cómo elaborarlos? Y qué hacer con el trauma de las diferencias ya no provenientes del narcisismo, sino de una realidad cultural injusta que privilegia tan intensamente el rol reproductor de la mujer y la necesidad, a partir de tal asignación de la inhibición-supresión del deseo hostil? Me resultaría grato suponer para las mujeres que entran en esta crisis de la mediana edad la posibilidad de encontrar nuevos espacios generativos que se configuren como garantes para tales cuestionamientos, que den cabida a esas necesidades de pasaje y transformación de su identidad cambiante.

Entiendo además que todo este proceso crítico, a menudo penoso, a veces jubiloso

en cuanto a los descubrimientos que puede realizar una mujer sobre sí misma y sobre los otros (autocrítica y exocrítica) se sintetizan en un estado de crisis vital cuya consecuencia puede ser un significativo incremento de la confianza en sus recursos, o bien un gradual deterioro del equilibrio mantenido en los primeros años de adultez y el desarrollo de una psicopatología crónica. Desde esta perspectiva no es arbitrario suponer que algunos cuadros psicopatológicos de la tercera edad (como por ej., la melancolía) tienen una significativa correlación con el fracaso en el establecimiento y resolución de la crisis de la mediana edad.

III.4 Enfocaré ahora algunos problemas particulares de la crisis de la adolescente. Tal como lo planteaba Freud, en la niña no se produce una absoluta resolución del conflicto edípico, como asimismo un cambio absoluto del objeto del deseo. De esta manera Freud explicaba la intensidad y persistencia de los vínculos preedípicos con la madre. Al llegar a la adolescencia, con el advenimiento del cuerpo genitalizado, la adolescente se encuentra ante una situación de cambio que le requiere un nuevo trabajo a su aparato psíquico: el de otorgar nuevas significaciones a sus vínculos identificatorios con su madre para otorgar nuevos sentidos a la diferencia entre los sexos y su orientación hacia el hombre. Uno de los problemas claves que se le presentan a la adolescente es que al acceder al goce sexual genital se le aparecen otros goces sexuales pregenitales, especialmente aquellos referidos a la fase anal del desarrollo; me estoy refiriendo a las fantasías gozosas con la madre anal, con sus componentes característicos retentivos, de dominio expulsivos en sus vertientes activas y pasivas.

Peter Blos señala que, desde el punto de vista clínico, el período preedípico ejerce una influencia en el desarrollo de las adolescentes que iguala o excede la influencia del período edípico. Sostiene que el apego preedípico de la niña hacia su madre es uno de los obstáculos más formidables en la terapia de la adolescente. Insiste en enfatizar la naturaleza tenaz de los vínculos preedípicos entrelazados a la etiología de todas las perturbaciones de la adolescente. Según P. Blos se suele tomar más en cuenta en la adolescente el resurgimiento del conflicto edípico positivo, hecho que consi-

dere que es a menudo una "huída hacia la genitalidad". Dice que la ambivalencia hacia la madre preedípica alcanza su pico más alto en la adolescencia, y que éste es el momento culminante para su resolución, en esta fase del desarrollo que él denomina "el segundo proceso de individuación" (el primero ya se había perfilado en la primera infancia). Sostiene que "la liberación interna de la madre preedípica deja a la hija libre para buscar el cumplimiento de su propia elección en su propio cuerpo y mente", y que "el sentimiento de identidad adquiere su sentido definitivo a partir de esta liberación".

En la adolescente, el goce en el vínculo identificatorio con la madre cambia de signo: el cuerpo genitalizado de la joven imprime en ella la necesidad de regular las semejanzas y diferencias con su madre, en un proceso de desasimilación, con fantasías sádicas para poder desprenderse. En el vínculo ilusorio anterior a la adolescencia, la niña esperaba recibir un don de parte de la madre, don que propiciaría su experiencia de goce. Al llegar a la adolescencia, la posibilidad de nuevas experiencias placenteras preanunciadas por un cuerpo catectizado con otras fuentes de goce sexual, llevan a la adolescente a intentar una desposesión final de su madre anal retentiva, poniendo en acción y otorgando nuevos significados a las fantasías de autodomínio y expulsión. Este proceso de desprendimiento pone en crisis también el establecimiento de los juicios previos, organizados sobre la base de la identificación, dando lugar a un reordenamiento enjuiciador que sienta las bases para el surgimiento del juicio crítico en la adolescente. Voy a tratar de aclarar un poco más a qué me refiero cuando hablo del juicio crítico: tal tipo de juicio se constituye inicialmente como esfuerzo por dominar un trauma, el trauma de la ruptura de un juicio anterior, que es el juicio identificatorio. El juicio identificatorio opera con las reglas impuestas por el narcisismo, donde nohay diferenciación Yo/no-Yo, en que Yo y el Otro somos lo mismo. A partir de la experiencia de displacer -dolor psíquico, se inicia la ruptura del vínculo de identificación con el otro, al tiempo que va perdiendo su eficacia el juicio identificatorio concomitante. Tal como lo señalé en un apartado anterior, el aparato psíquico en la criatura pequeña opera expulsando del self lo que le resulta displacentero-dolorí-

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER
FACULTAD DE PSICOLOGIA

U. N. A. M.

geno, colocándolo fuera de sí, como no-Yo. A partir de este acto expulsivo, en que se gesta la diferenciación Yo/ no+Yo, lo expulsado inaugura un nuevo lugar, que habrá de contener deseos hostiles mediante la expulsión de lo desagradable.

El juicio de atribución bueno-malo/satisfactorio-dolorígeno, supone un primer esfuerzo de juicio crítico, precursor del que sobrevendrá luego en la adolescencia y en la edad media de la vida.

En los juicios previos a la fase anal del desarrollo existe un componente atributivo, es decir, la asignación de determinados atributos a la condición de ser mujer donde no existiría una diferencia con el ser varón. Según Freud, en la segunda fase anal, con el registro de las diferencias de sexos, surge el deseo hostil por las diferencias, deseo hostil que se expresa bajo la forma de dominio y expulsión. La niña siente que su experiencia placentera deviene ya no del retener y contener dentro de sí, sino del dominar y expulsar hacia fuera de sí misma, en un intento por dominar las diferencias. En términos de la lógica del pensamiento, los juicios de atribución dan lugar a los juicios de desatribución, de desposesión de determinados atributos, organizados bajo otro tipo de lógica, o sea, una lógica expulsiva. En los comienzos de la adolescencia, los juicios atributivos que asignaban dones singulares a la madre, cambian de signo y se tornan en juicios desatributivos. Pero la desatribución de la madre requiere la activación del deseo hostil, bajo la forma conocida previamente, la del sadismo infantil. Esta expulsión de aquello que provoca dolor psíquico -dolor impreso en el narcisismo a partir del registro de las diferencias con la madre- consiste no sólo en un alivio de la tensión de lo que resulta displacentero, sino que también requiere la constitución de otro lugar psíquico que contenga aquello expulsado, que actúe de soporte continente de la expulsión. Aquí interviene un punto fundamental para que este proceso se desarrolle, y que se refiera a los grados de tolerancia al dolor psíquico -provocados por la desatribución- que puedan soportar tanto la niña adolescente como su madre desatribuida, despojada de aquellos dones ilusorios anteriores a este juicio crítico. En aquella experiencia infantil de discriminación YO/no-Yo correlativos a la fase anal del desarrollo, ya había intentado una primera diferenciación mediante la expulsión y la constitución de otro objeto, a medias externo e inter-

no, continente del deseo hostil expulsante, tal como fuera categorizado conceptualmente por Winnicott al referirse a la constitución de un objeto transicional (un objeto donde la criatura expulsara sus escupidas, sus olores, etc.)

La ruptura del vínculo identificatorio con la madre en la adolescencia, mediante la desatribución de sus características omnipotentes, coloca a la joven en un estado crítico ante la diferenciación y la necesidad de encontrar nuevos objetos mediadores en el mundo externo, que le garanticen un lugar psíquico donde atribuir sus idealizaciones narcisistas. Parte de estos lugares psíquicos se ubican en el propio cuerpo de la adolescente, con una sobrecarga omnipotente narcisista (y que se observa fácilmente en las jóvenes en la utilización que hacen de sus ropas, peinados, etc.); otra parte se ubica en personas que actúan como iniciadoras en el pasaje del vínculo con la madre hacia otros vínculos. Estos iniciadores, a la manera de los objetos transicionales descritos por Winnicott para la primera infancia, si bien suelen estar investidas en determinadas personas, son en realidad representaciones intrapsíquicas proyectadas en ciertas personas que actúan como mediatizadoras, y cuyo destino es ser abandonadas cuando cede la necesidad adolescente de recortarse-individuarse de su madre.

He mencionado anteriormente que para que todo este proceso de expulsión-desatribución se produzca es necesaria la presencia del deseo hostil. El problema se presenta cuando el desarrollo y la activación del deseo hostil queda obturado, en cuyo caso queda obturada también la crisis de la adolescente y su diferenciación de su madre preedíptica. A este problema quiero referirme con la exposición del siguiente ejemplo clínico.

IV.- Quienes llegan a la consulta son una mujer, Greta, de 30 años, y su hija Doris, de 16, enviadas por un neurólogo a quien habían consultado previamente, porque la chica "al cerrar los ojos pierde estabilidad, siente que se va a caer pero no se cae". También sufre de dolores de estómago cada vez que va a rendir un examen. Su sensación de caída aparece relativamente hace poco tiempo. La familia se compone con un hermano, Roberto, de 17 años, y el padre, Juan, de 60 años. De niña Doris era "de carácter dócil, tranquila y complaciente". Hacia la pubertad cambió un poco su carácter y se volvió más espinada. Tuvo un desarrollo normal, sin particularidades, sal-

vo en el control esfinteriano, que fue muy precoz (antes de cumplir un años). Empezó el jardín de Infantes a los 3 años, con muy buena adaptación. Sumamente estudiosa, desde pequeña aprende inglés y música. Actualmente está en 4º año del bachillerato pedagógico, estudia inglés, piano y participa en un conjunto de cámara. En la escuela es, además de buena alumna, buena deportista y participa en el equipo de voley. Tiene amigas, aunque sale poco con ellas. De su padre refiere que "es un hombre tranquilo, aunque esté nervioso no lo demuestra; es bastante comprensivo", aunque por el relato parece ser poco comunicativo con su hija. Respecto de su hermano, Doris alterna entre comentar que son buenos compañeros, o bien que se pelean por nimiedades. En general, Doris se entiende con la mamá para todo, según manifiestan madre e hija. La madre es una señora muy activa, trabaja como secretaria con buen dominio del inglés y el alemán. Es una mujer bastante rígida y ordenada, aunque según ellas, la madre es más tolerante con Doris que el padre, a quien describen también como mucho más exigente. Ambos padres son judíos centroeuropeos. En la vida hogareña, la madre "se ocupa de todo, es muy mamá, para cualquier cosa de la casa le pedimos siempre a ella que lo resuelva". El padre trabaja todo el día fuera de la casa, es comerciante.

Los dibujos que realiza Doris en el proceso diagnóstico son pueriles, aññados y representan a niños y niñas de 5 y 6 años. Tiene un nivel intelectual muy alto, aunque en sus dibujos aparecen sobre-simplificaciones y pobreza imaginativa. Cuando dibuja dos personas, hace una niña de 5 años y un varoncito de 6, que lleva el nombre de su hermano, y redacta una historia en que ambos juegan y estudian mucho, y son muy obedientes con su madre. También en la entrevista familiar diagnóstica el diálogo entre los hermanos es aññado, se empujan y se tratan como lo harían niños pequeños. En esa entrevista los padres sostienen que "la familia está bien, es una familia armoniosa, normal sin problemas".

Al principio se mostraban renuentes a la indicación de psicoterapia para Doris, pero aceptan cuando la terapeuta propone una terapia del binomio madre-hija. En las primeras sesiones Doris no hablaba, sólo hablaba la madre. Ante preguntas o comentarios de la terapeuta, Doris contestaba "no sé" y miraba a su madre como buscando la respues-

ta. La madre respondía y ella repetía lo que la madre decía. La terapeuta comenzó a señalar sistemáticamente este hecho, y a las pocas sesiones Doris empieza a mostrarse enojada cuando su madre contesta por ella, quiere manifestar su enojo, pero lo hace diciendo "...sí, sí, sí..." con tono de no estar de acuerdo con su madre. Esto a su vez irrita a la señora, que le dice en forma terminante "bueno, está bien Doris... punto, no digo nada más", y ahí se acaba el diálogo. La madre calla entonces, y Doris manifiesta desconcierto, se la observa ansiosa, parece como perdida. La terapeuta interpreta que se sienten angustiadas por creer que la única forma de expresar las diferencias de lo que piensan es peleándose, y que esa era uno de los temores respecto del tratamiento. Comentan entonces otra situación de enojo madre-hija, referida a cómo se irrita Doris cuando su madre va a la casa de su abuela a atenderla, ya que está enferma. El enojo de Doris es porque su madre se aleja para atender a su propia madre, pero Greta expresa su fastidio porque siente que todos la requieren y que ella tiene que estar disponible para atender a todos. La terapeuta interpreta el afán retentivo de Doris hacia su madre, en tanto a Greta le señala su deseo de sentirse imprescindible para todos y de ocuparse absolutamente de todo. A partir de entonces la madre cambia de actitud, buscando ser comprendida por su hija y por la terapeuta. Comienza a referir, al principio penosamente y luego con más soltura, las vicisitudes de su propia infancia y adolescencia. Cuenta que ella es hija extramatrimonial, que nunca conoció a su padre. Cuando tenía tres años su madre se casó con un señor que, al conocerla, la trata y la cuida como si fuera su verdadera hija. Ella se cría pensando que ese señor era su verdadero padre, sin poder explicarse porqué anteriormente no había estado con ellas. Alrededor de los 10 años y viviendo en plena guerra, en Polonia, mientras reordenaba papeles y documentos de identidad, Greta se entera de que el matrimonio que la había criado como amigos de su madre, antes de que su madre se casara, eran en realidad sus abuelos maternos. Este descubrimiento le provoca un shock emocional, y decide comentarlo sólo con su prima, unos años mayor que ella y de gran importancia en su pubertad y adolescencia. Le pide a su prima que guarde el secreto acerca del conocimiento de sus orígenes, al mismo tiempo que mantiene gran rencor hacia su madre, por haber-

la abandonado con sus abuelos hasta los 3 años y haberle ocultado su origen. Manifiesta también que siempre sintió a su madre preocupándose sólo por sí misma y egoísta, y que ella se sentía querida y cuidada por el marido de su madre, por sus abuelos, y por su prima. Cuando Greta tenía 13 años fue capturada por los nazis, y junto a su madre y su prima, fue internada en un campo de concentración. Estuvo allí hasta pasados los 14 años; durante ese período se le retira la menstruación y comienza con un cuadro de vómitos y trastornos gastrointestinales. A raíz de ese cuadro se ensuciaba continuamente y era ayudada por su prima a limpiarse y recuperarse, ante lo que ella refiere como la indiferencia de su madre. Cuando son liberadas del campo de concentración, Greta marcha a Varsovia a vivir con su prima y tíos, en tanto su madre vuelve a Cracovia, que era donde vivían anteriormente. Greta completa sus estudios secundarios en poco tiempo, estudiando con ahinco, al mismo tiempo que profundiza sus estudios de inglés. A los 18 años, ya diplomada, viene a la Argentina, donde ya había venido poco antes su prima. Al poco tiempo también viene su madre. Greta se dedica a trabajar intensamente durante varios años, al principio muy ligada a su prima. Después de cierto tiempo, el vínculo con su prima se va perdiendo; Greta conoce a su actual marido, se pone de novia con él y finalmente se casan.

Doris escucha atentamente toda esta historia de su madre, contada a lo largo de varias sesiones con gran emoción de parte de Greta, sorprendida al principio por algunos detalles del relato, pero con actitud comprensiva e indagadora, pidiendo detalles y rectificando algunas informaciones previas que su madre le había dado. La terapeuta interpreta varios elementos de tal historia, especialmente la persistencia del vínculo hostil de Greta hacia su madre, cargado de rencor, y el temor de que ese modelo, de tan difícil elaboración, se repitiera en el vínculo con su hija. Esto da lugar a que en las sesiones siguientes Greta y Doris comenten puntos de diferencias entre ellas, dados no sólo por lo distinto de sus historias infantiles, sino también por sus vidas como adolescentes. Doris empieza a cambiar mucho en su apariencia física: deja de tener aspecto añejado para vestirse y peinarse como una adolescente, y comienza a traer inquietudes relacionadas con sus estudios, amistades, etc. La madre

la observa al principio con gran inquietud por esos cambios, interpretado por la terapeuta como miedo a perderla. Greta inicia también una serie de cambios, desea cambiar de trabajo para trabajar menos horas, y empieza a referirse más a su preocupación por su otro hijo, en quien ve problemas psíquicos: dice que está gresivo y muy retraído en la casa, y que cesa de ayudarlo a salir. La terapia binomial finaliza un año después cuando Doris, pide ser atendida individualmente por problemas referidos a su orientación vocacional. En las últimas sesiones traen el tema de una profesora de la escuela de Doris, con quien la adolescente conversa mucho, ante la observación sorprendida de su madre ("de qué hablarán tanto?"), pero aceptando con gusto estas nuevas orientaciones de su hija. Resta plantearse si Greta podrá hacer, a su vez, nuevas orientaciones fuera de su rol materno, bajo qué condiciones y con qué características. Los síntomas con que Doris había iniciado el tratamiento (sensación de caída y dolor de estómago) desaparecen al poco tiempo de ser interpretados en las sesiones la necesidad de la chica de separarse de su madre, de reconocerse como diferentes mediante el surgimiento del deseo hostil.

El análisis realizado de este vínculo ha seguido la línea teórica propuesta inicialmente, referida a la puesta en crisis de lo anteriormente constituido y a la ubicación, como sujeto criticante, y no sólo paciente del estado de ruptura. Esta terapia binomial estuvo destinada, entonces, a facilitar la entrada en crisis de un sistema defensivo de la adolescente y de su madre, mediante el registro de las diferencias entre ambas y la emergencia del deseo hostil. Para ello se puede tomar como punto de partida el preguntarle al síntoma: de dónde cae Doris? Por lo expuesto en este ejemplo parece corroborarse la hipótesis sostenida al principio: Doris cae-se desprende de su madre anal, de aquella madre a la cual ella estaba adherida como heces-pene. Esta fantasía de Doris como tapón de su madre era compartida por Greta, quien tomaba a su hija con afán de ejercer un dominio sobre ella, pero también con la fantasía de autodominarse, de retener dentro de sí algo que, de lo contrario, podría surgir en forma incontenible. Creo que eso es lo que sucedió en las sesiones aquellas en que, al iniciar Doris su desasimiento de su madre, ésta comienza a re-

ferir episodios traumáticos de su vida con intensa carga emocional, que son contenidos al ser expulsados y depositados allí- dentro del marco terapéutico. En esas primeras sesiones se juegan tanto en Greta como en Doris, las fantasías activas y pasivas respecto de retener o ser retenidas, del dominar o ser dominadas, y del expulsar o ser expulsadas, en su doble vertiente sádica (en la actividad) y masoquista (en la pasividad)

Para Greta el problema no era justamente el surgimiento del deseo hostil, sino que tal hostilidad, bajo la forma de reacor, estaba usada defensivamente para que no surgiera la otra historia. Mas bien parecería que aprar Greta su trastorno consistió en no haber podido investir libidinosamente a su madre, que no pudo constituir una representación intrapsíquica de una madre amorosa, interferida por el resentimiento. Al revés de lo que sucedió entre ella y Doris, en quién había operado una formación reactiva como consecuencia de la cual no se había dado lugar al surgimiento del deseo hostil diferenciador.

Merece destacarse también la función del lenguaje como organizador de las diferencias madre-hija: en un comienzo de la terapia, había una ilusión de un lenguaje identificatorio entre Greta y Doris, donde había un supuesto de que las palabras de Doris eran también las palabras de su madre (cuando Doris dice "no sé" y su madre contesta siempre por ella). Doris concebía a las palabras como dones que su madre poseía, y que le otorgaría a su hija. Cuando Doris comienza a desasirse de su madre, ya no se queda esperando la palabra de la madre, sino que ella misma se apropia de sus palabras. Recordemos que en la fase anal del desarrollo, palabra y cosa van juntas en sus sentidos representacionales. Tal como sostiene Freud, "la palabra es la parte esencial de la cosa". Doris habiendo sido una niña "dócil y complaciente", parecía haber entregado sus palabras -entendidas a la modalidad anal- a su madre. La resignificación que reproduce en este momento de su adolescencia de la fase anal del desarrollo lleva a que Doris se apropie de sus propios esfínteres, en este caso su boca, que le permita retener sus palabras y administrarlas según su propio dominio. Esto se inicia en esés momento de la terapia en que Doris no sólo escucha a su madre, sino que ella

misma pregunta, indaga, cuestiona, etc., y más acentuadamente hacia el final de la terapia, en que la muchacha no sólo pide apra sí las palabras a solas de su terapeuta, sino que además comenta sus largos diálogos con su profesora.

También para Greta las palabras le habían sido denegadas por su madre, en tanto ella sentía que su madre había retenido para sí la información acerca de sus orígenes. El deseo hostil de Greta hacia su madre había quedado subsumido bajo la forma de rencor, hacia una madre concebida como egoísta. Greta se había orientado entonces hacia su prima mayor, a quien había entregado su secreto y quien, asu vez, le había dado su palabra de que no lo contaría a nadie.

Otro hecho interesante que quiero destacar es la función de esas personas tales como la prima mayor para Greta, o bien la terapeuta, o la profesora para Doris, mujeres que actúan como iniciadoras en el lenguaje. Son personas en quienes se proyectan partes del propio self, ligados al lenguaje, y quienes, tal como describí en un apartado anterior, participan de las características de ser en parte objetos reales extremos y en parte aspectos del propio self. Ea posición privilegiada de estas iniciadoras deriva del hecho de que permiten a Doris, así como a Greta en su pubertad, ligar sus experiencias con el lenguaje, y sobre todo escucharlas, anticipando y resignificando tales experiencias. Estas iniciadoras en el lenguaje ocupan un lugar psíquico en la adolescente a la manera de testigos, en las cuales la adolescente supone un saber ligado a un hacer, y que le permitirá reordenar lo caótico de sus pulsiones pregenitales, estructurándolas bajo la primacía genital. Estos iniciadores que en el principio de su instalación se constituyen como garantes en la contención y ordenamiento de las partes que permanecen dentro del propio self y de las partes proyectadas en el exterior, tienen como destino una decepción ulterior, que da lugar a la búsqueda de otro objeto ya no transitorio, sino más definitivo (tal como refiere Greta que sucedió en su vínculo con su prima).

Hacia el final de la terapia binominal, podemos observar en Doris un intento de rebeiría hacia el destino impuesto por sus vínculos anteriores con su madre, bajo la forma de un cuestionamiento respecto de su futura orientación vocacional y laboral, en una fantasía de desasimiento de los atributos de docilidad, laboriosidad, etc.7

con que había organizado anteriormente su identidad. Restaría suponer cuáles serían los destinos del desasimiento de Greta hacia las idealizaciones infantiles respecto del rol maternal. Doris parece buscar nuevas fuentes de satisfacción alejándose de sus objetos primarios originales, pero para Greta, dónde y cómo hallar nuevas fuentes de experiencias gratificantes si es que renuncia al goce en la maternidad? Es que existen otras representaciones ya no provenientes de su narcisismo, sino representaciones culturales, que legitiman otras fuentes de placer posible para una mujer de mediana edad? Greta había iniciado en la adolescencia y como respuesta a un trauma anterior, una actividad laboral sobrecompensadora, que aún mantiene más como resto traumático (bajo la forma de un exceso de industriosidad y aplicación) que como experiencia gratificante. Cabría aventurar la hipótesis de que sus deseos, hacia el final de la terapia, de realizar cambios en su trabajo, serían tendientes a obtener nuevas fuentes de placer devenidos de un trabajo no impuesto por un trauma sino por una elección placentera. Algo similar podría suponerse respecto de un goce sexual, que hasta ese momento parecía más bien ligado al goce en los hijos, en la función maternal. Esto parecería expresado, bajo la forma de una proyección, en un comentario que en las últimas sesiones hace Greta a la terapeuta respecto de su preocupación por el goce sexual de su hija (salidas con muchachos, arreglo corporal, etc). Será que Greta necesitaría definir nuevas fuentes de experiencias o vivencias sexuales placenteras para sí misma, ahora que su sexualidad ha dejado de ser reproductora? La pregunta estaría orientada hacia una redefinición de su identidad como mujer, ya no como mujer-madre, y allí parece encontrarse con un vacío representacional respecto de las fuentes de goce sexual fuera de esta identificación. Parecería que también Greta necesitaría un espacio generativo que actúe como garante de ese pasaje en su identidad del mismo modo en que su hija adolescente encuentra en los iniciadores los lugares psíquicos donde desplegar las vicisitudes de su identidad cambiante. Podría concebirse para Greta su inserción en grupos (de pares, de pareja, etc.) que actúan como continentes y generadores de nuevas vivencias de satisfacción, que otorguen nuevos sentidos psíquicos legitimados a sus necesidades cambiantes (cambios en el sentido de su sexualidad no-reproductora, cambios en los sentidos de su juicio crítico,

reordenamientos pulsionales referidos al ejercicio del deseo hostil y del deseo amoroso, etc.).

V. + Síntesis y conclusiones: en este trabajo he tratado de desarrollar un concepto teórico, referido a la resignificación del deseo hostil correlativo a la fase anal del desarrollo, en el vínculo establecido entre una mujer en la mediana edad y su hija adolescente. Para ello he particularizado:

a) El concepto de crisis en la mujer de la mediana edad y la reestructuración del aparato psíquico a partir de la puesta en crisis de lo anteriormente constituido.

b) Algunas características particulares de la crisis de la adolescente, especialmente aquellas referidas a los aspectos preedípicos del desarrollo, más específicamente de la etapa anal. En este sentido he caracterizado la particular resignificación que se produce en el comienzo de la crisis adolescente, de los conflictos identificatorios y de las necesidades de individuación de la madre anal.

c) Para ejemplificar tales hipótesis he descrito un ejemplo clínico de una terapia binominal madre-hija, y he analizado las características de este grupo singular mediante el método interpretativo.

d) Finalmente, he conjeturado algunas hipótesis respecto a los destinos en nuestra cultura de la reestructuración del aparato psíquico en la mujer de mediana edad, especialmente los referidos a las experiencias de goce y del ejercicio del deseo hostil.

BIBLIOGRAFIA

- 1- Blos, Peter; "Modificaciones de la teoría psicoanalítica tradicional del desarrollo femenino en la adolescencia". Conferencia dictada en ASAPPAA, Abril 1981, Buenos Aires.
- 2- Bonder, Gloria; "Las fantasías del hijo en la adolescencia". Relato al V Congreso Platense de Psicología, La Plata, 1980.
- 3- Burín, Mabel; "Sobre la maternidad y la crisis de la edad media de la vida de la mujer". Publicado en Actualidad Psicológica Nº 60, Octubre de 1980.
- 4- Burín, Mabel; "Reflexiones sobre la crisis de la edad media de la vida de la mujer". Publicado en Actualidad Psicológica Nº 65, Abril de 1981.
- 5- Erikson, E.; "Once more the inner space". En "Psychology of Women". Ed. Por J. Williams, W.W. Norton & Co. Inc., 1979.
- 6- Erikson, E.; "Infancia y Sociedad", Ed. Hormé, Buenos Aires, 1969.
- 7- Foucault, M.; "Historia de la sexualidad", Ed. Siglo XXI, México, 1979.
- 8- Freud, S.; "El Malestar en la Cultura". Ed. S. Rueda, Buenos Aires, 1952.
- 9- Freud, S.; "Tres ensayos de una teoría sexual", Ed. S. Rueda, Buenos Aires, 1959
- 10 Freud, S.; "La Femenidad", Ed. S. Rueda, Buenos Aires, 1953.
- 11 Freud, S.; "Totem y Tabú", Ed. S. Rueda, Buenos Aires, 1953.
- 12 Freud, S.; "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica", Ed. S. Rueda, Buenos Aires, 1955.
- 13- Giberti, Eva; "Comunicación personal". Comentarios realizados al Ateneo Científico del Centro de Estudios de la Mujer, Abril de 1981, Buenos Aires.
- 14 Jacques, E.; "La muerte y la crisis de la mitad de la vida"? Rev. de Psicoan., 1966, TIV
- 15 Maldavsky, D.; "Transformaciones representacionales constituyentes del aparato psíquico en la adolescencia". Relato al V Congreso Platense de Psicología, La Plata, 1980.
- 16 Maldavsky, D.; "Para una lógica psicoanalítica", Actualidad Psicológica Nº 63, Enero Febrero 1981, Buenos Aires.
- 17 Marmor, J.; "Changing patterns of femininity. Psychoanalytic implications". En "Psychoanalysis of Women". Ed. por J. B. Miller, Penguin Books, 1978.

- 18 - Neugarten, B.: "The Awareness of middle age". EN "Middle Age and Aging", Ed. por B. Neugarten, The University of Chicago Press, 1975
- 19- Rosaldo, M.Z.: "Women, culture and society", Ed. por M.Z. Rosaldo y L. Lamphere. Stanford University Press, California, 1973
- 20 - Sherfey, M.J.: "On the nature of female sexuality", En "Psychoanalysis and Women", Ed por J.B. Miller, Penguin Books, 1978.
- 21- Zurutuza, Cristina: "Sobre la crisis de la adolescente", Clases dictadas en el Centro de Estudios de la Mujer, Buenos Aires, Septiembre 1980.-